# Edad Media

# PEDRO M. CÁTEDRA

A historia "consiste en poner las cosas en su sitio a lo largo y a lo ancho"; a lo largo, "porque la mera disposición de los datos en la secuencia cronológica correcta es un requisito irrenunciable y [...] un poderoso aparejo de comprensión"; a lo ancho, "buscando engarzar cada elemento en una determinada especie con los otros elementos de la misma y de otras especies que por fuerza lo configuran positiva o negativamente, dialogan con él, le dan un lugar al sol en los tiempos", ya que "ninguna realidad, y menos si pertenece al dominio de la cultura, se deja entender aislada ni tiene sentido en sí misma". "Pero la indagación a lo largo y a lo ancho no puede discurrir únicamente a parte obiecti ni reducirse al asunto pasado que en cada ocasión nos ocupa: ha de practicarse también a parte subiecti, extendiéndose a la contemporaneidad del historiador."

Nadie mejor que don Francisco Rico para precisar sobre sí mismo. Tan ambicioso programa de historiador son pocos los que pueden cumplirlo, porque requiere no sólo saberes poco comunes, sino también la seguridad, ambición u osadía que sólo ellos otorgan; y eso a lo largo y a lo ancho, desde los orígenes y desde el ahora del lector, del crítico —por supuesto, *a parte subiecti*—, pues que "sólo puede hablarse en nombre de la literatura viva, de las pasiones literarias del momento en que el crítico escribe".

No conozco ningún maestro grande que no haya dejado exagerada en sus seguidores la impronta propia; generalmente, sin embargo, en forma de un cierto fundamentalismo 'escolástico' muy ajeno a la frescura, al distanciamiento escéptico y a la autocomplacencia del origen, de Petrarca a los petrarquistas, de Nebrija a los corifeos decadentes de sus cada vez más pesadas *Introductiones*, de

Brozas a los chomskianos de aún hoy. Solicito disculpas, por tanto, por el epigonismo que, como todo lo demás y aun lo escrito, condiciona lo que sigue. Si algo tiene, es el deseo de servir, y las palabras que le tomo a don Francisco, a sus 'predecesores' y a sus contemporáneos.

En éstos habrá que buscar también la clave de muchas cosas. Voy a lo mío y diré algunas a propósito de los trabajos de F.R. sobre la Edad Media. Aunque opte por un orden temático, agrupando los trabajos según sus materias, empiezo sin embargo con el pasado —donde ocurren las cosas importantes— de sus primeros artículos sobre la literatura medieval española. En 1967, ya había publicado dos en torno a los usos de la poesía del siglo xv, sobre el trasfondo de las coplas de Jorge Manrique y sobre las invenciones de justadores, la primera revisión de un lugar relativamente poco común, Aristoteles Hispanus, y el trabajo fundamental sobre la autobiografía del Libro de buen amor. Estas cuatro piezas se dejarían proyectar como otros tantos modelos para los estudios que llegan hasta algo después de la primera cuarentena de F.R. La fundamental monografía —aunque corregida andando los años—, sin embargo y en todos los sentidos, es la sorprendente contribución al Secretum de Petrarca de 1963, que necesariamente ha de tenerse en cuenta para enclavar en un plan los demás trabajos de esos días, marcados sin duda por una Erlebnis personal como la que recordaba Spitzer en la declaración de principios sobre su labor intelectual. El recuerdo al maestro alemán quizá no venga a humo de pajas. Quién sabe si debe ser considerado una de las claves, si no del método, sí de los fundamentos —o las declaraciones, si se quiere— 'teóricos' y también de ciertas artimañas pedagógicas de F.R. El enclave de los textos en la tradición intelectual, en el círculo hermenéutico de Dilthey —"leer es haber leído, comprender vale lo mismo que haber comprendido"—, el individualismo de la lucha literaria o la diversidad irrenunciable del método para cada uno de sus objetos — "cada poema exige al crítico una inspiración diferenciada, una iluminación singular", "una técnica feliz para una obra no puede ser aplicada mecánicamente a otra"— son principios del alemán que dejaron su impronta

en el español. La enumeración de sintonías teóricas, más que antecedentes, es tan innecesaria como fundamental poner de manifiesto cómo se construye, precisamente, un nuevo modo de ejercer la labor de *historiador* y *lector*.

Buena parte de los principios enunciados en los párrafos que abren la presente nota subyacen a éstos. Digo *subyacen* con toda la intención, porque el método restrictiva y, en apariencia, exclusivamente historiográfico en el que el jovencísimo F.R. se encastilla no deja de dialogar con su entorno de entonces, el más enteco y el más revitalizante, en una suerte de coloquio silencioso o monólogo que sigue siendo la clave de la elegancia de sus trabajos.

Yo no sé si el orden cronológico de los primeros artículos citados se corresponde con el proceso de escritura; supongo que no, a poco que se conozca la yuxtaposición de las materias en la inventio y en el proceso de escritura que acostumbra o acostumbraba F.R. Pero por ser él como es sí imagino que empezar el currículum con "El Secretum de Petrarca: composición y cronología" (1963) es un consciente acto de voluntad que implica algunas cosas que siempre van a estar presentes en la trayectoria de su autor. No quiero ocuparme de lo que hará mucho mejor que yo otro de los colaboradores al hablar de su dedicación petrarquesca. Pero, por un lado, cierra o da por coronada una afinidad intelectual electiva con esa su casi solitaria —en la Barcelona de principios de los sesenta— y particular recita in collegio, optando - más allá de una filología románica - por una especialización italiana, latina y humanista, con sus valores, un método de trabajo que está en el origen de la propia facturación de la manera F.R. y unos modelos o un magisterio apenas columbrado en aquellas tierras de entonces. Y, por el otro lado, merced a esto último también, abre un portillo en el recio muro del medievalismo de la España de entonces, llamado a hacerse tan practicable al menos como la puerta principal. Quizá eso era posible desde la activa vida intelectual de Barcelona, bajo la égida de maestros como don Martín de Riquer o don José Manuel Blecua y donde fraguaba un grupo literario sofisticado que se definía por los raros saberes, el interés por la moda y una frívola seriedad, con "predece-

sores" en la Historia como el cosmopolita y sabio don Eugenio Asensio, que pronto, por cierto, se convirtió en interlocutor exigente y generoso para con F.R.

No dejaba de ser viento fresco cada uno de esos trabajos primeros, alguno por lo que dice, todos por cómo lo dice. De los que tratan la poesía del siglo XV quizá haya tiempo de decir algo más abajo; dedico unas líneas a los otros dos. Como no he estado nunca seguro de haber aprovechado ni la mitad del meollo, empiezo por la corteza. Hay en la materialización del escrito, en la mise en page, de esos dos primeros artículos de fondo, el dedicado al Secretum y el primero sobre Juan Ruiz, una lección sobre ese mismo método. No se interrumpe, por poner un ejemplo, la andadura del texto para llevar los ojos del lector al aparato de notas, sino que se incorpora en su cuerpo las pertinentes y necesarias citas bibliográficas; las notas, sin embargo, contienen la concordia o un razonamiento paralelo, tal o cual promesa o sugerencia de continuación, a veces por otros derroteros.

Basta examinar sus originales anteriores al ordenador para darse cuenta de la razón de ser de todo esto: siempre escritos a mano, impolutos hasta en las tachaduras con rayas pautadas, muestran que generalmente las ideas se consignaban por escrito una vez concretados hasta sus más ínfimos detalles, a la zaga de anotaciones de lecturas y fichas a su vez ordenadísimas y con algunas claves gráficas para el aprovechamiento posterior. Es más, cada uno de esos trabajos da la impresión de ser el resultado no tanto de una agrupación de fichas perfectamente ordenadas, que lo es, sino de un diálogo 'polifónico' (perdón por la invocación de B.) con los numerosos vivos y difuntos que habitan su panorama intelectual. "A lo largo de veinte años no ha hecho otra cosa que buscar coincidencias", dijo don Juan Benet haciéndose eco de una de las publicaciones más provocadoras de F.R., Primera cuarentena y Tratado general de literatura: las coordenadas del pensamiento de F.R. eran sus mismas fuentes, o las coincidencias cuidadosamente buscadas en todos los textos posibles y por todos los medios, desde la lectura directa, la casual o la 'polianteica'. Tras de cada uno de esos artícu-

los hay una perspicacísima selección de lecturas materializadas en un mazo de fichas, lecturas que remiten a otras tantas publicaciones que, casi siempre, guarda anotadas, con esa caligrafía redonda y dulce —¡quién lo diría!— que le es propia, en su envidiable biblioteca sin hacer asco a cómodas 'xerocopias'.

(Dicho sea entre paréntesis, la bibliofilia coleccionista de F.R. es cosa más bien reciente y parca, aunque, como tantas otras de sus noblezas, él se empeñe en enclavar los primeros vestigios en sus orígenes. Ahora bien, la más generosa faceta de la bibliofilia sí que la ha cultivado hasta extremos exagerados: ese gusto irresistible por el libro bien hecho, por la edición cuidada, por la belleza tipográfica, por el carteo de un determinado papel, adquirido con el trato de los libros y por el ejemplo de quienes no renunciaron a afirmar con sus ediciones que escribir es también —y quién sabe si sobre todo—un acto de estética. En alguno de los nuestros, los viejos, tomado en préstamo unos días o a veces meses, pocas para siempre, se pueden ver algunas de esas notas y adición de coincidencias identificadas con propio nombre como escolio, tal vez una *sprezzatura* erudita que ya apunta el estilo humanista y al aire de renovación implícito en ese estilo desde el siglo XIV.)

El maestro Asensio decía que un buen artículo debe aportar un par de noticias verdaderamente nuevas e importantes y, sobre todo, estar bien escrito; el mismo —me recuerda el profesor Domingo Ynduráin— afirmaba que en la madurez se aportan datos concretos que acaban de perfilar una historia grande; las mocedades, sin embargo, van tras de grandes síntesis. El manojo de noticias nuevas, el estilo elegante y la madurez asombrosa hacen de "Aristoteles Hispanus: en torno a Gil de Zamora, Petrarca y Juan de Mena" (1967) una pieza fundamental. La nuez del trabajo es, sin duda, la cita de Petrarca, no identificada por un conocido petrarquista, del Prosodion de Juan Gil de Zamora, que por entonces apenas era conocido y, desde luego, nada leído. La curiosidad de F.R. le lleva a resolver un problema, que, de inmediato, cobra sentido desde la perspectiva de la coincidencias en el ámbito del género de la laus Hispaniæ, y seguirá dando de sí cuando incluso se ofrezcan los datos suficientes para

identificar el mismísimo manuscrito de Petrarca o cuando el texto de Juan Gil sea objeto de la investigación del inolvidable Luis Alonso, uno de los primeros miembros del Seminario de Literatura Medieval y Humanística de la Universidad Autónoma de Barcelona. Las adiciones de este trabajo en Texto y contextos esconden en alguna ocasión lo que era un guión de artículo nonato, como los fragmentos añadidos de la nota 69, que pienso se pretendían refundir en un trabajo más amplio en una revista barcelonesa, pero al que debió dar de lado como a tantos otros riquísimos atadijos de fichas ordenadas, muchas de ellas dedicadas a temas llamados a cobrar tanta relevancia como el pequeño mundo del hombre y que han sido, en algún caso, perfectamente elaboradas y enriquecidas en trabajos de discípulos. Esto, precisamente, es indicio tanto de cierta perspicuidad generosa que permite saber dónde y a quién dar, cuanto de uno de los más importantes legados: F.R. como guía de esos palacios museo poblados de historia, un dechado de varios sujetos, que abre cada una de sus estancias y las alumbra durante el tiempo necesario para dejar claro a quienes lo acompañan que hay que volver a ella, y así una tras otra de las cámaras cerradas de la Literatura. De esos destellos voluntarios está llena su obra, y han quedado a veces resueltos en la obra de otros.

Ese método que me parece fundamental para explicarnos a F.R. como investigador y profesor, y que se percibe ya en los primeros artículos, se corona como armazón y materia de uno de los más importantes libros de los estudios petrarquescos del siglo XX, el dedicado al Secretum. Los puntos esenciales van en el texto propiamente dicho; los momentos de transición o no nucleares quedan parafraseados en el texto y desmenuzados en un grueso zócalo de notas. Es la causa de que, a primera vista, ciertos libros pudieran haber quedado tan bien —o incluso mejor— como edición anotada con amplio prólogo. El método se corona en el primer tomo de Vida u obra de Petrarca (1974), que puede resultar algo aburrido, pero su utilidad es enorme: llega a dar al calce una verdadera concordancia de todos los pasajes que interesan en relación con el que se trata del Secretum o aun de la voz en cuestión que aparecen en el corpus petrar-

quesco. Este rigor permite que las tesis de principio se vayan confirmando a cada paso, ya versen sobre la cronología, ya sobre la reinterpretación de su sentido —analizado línea a línea, palabra a palabra— y su posición en la obra y en el itinerario vital del autor. Lo plúmbeo del trabajo, la renuncia a los toques de ensayismo —común todavía a otros trabajos de la época— eran algo consciente: lo que lastraba buena parte de lo mucho que entonces se escribía era el vago generalizar, el resumir una trayectoria larga y compleja en una frase más o menos brillante; contra eso, la extraordinaria ambición de dejar todo claro.

Aunque no es de mi competencia en éste ni en ningún otro volumen, no he tenido más remedio que referirme al libro sobre Petrarca porque es la más acabada muestra de un método tan eficiente y seguro en manos y cabeza del moderno humanista como tan pedantemente inútil en las de la mayoría de los epígonos. La lectura de los trabajos de los sesenta llama la atención por muchas cosas, pero —desde el estilo de entonces en España— destaca la enorme riqueza que se aporta, de espaldas a un estilo más propio de la divulgación que de la investigación: era un nuevo medievalismo ajeno al fundamentalismo del 'hispano'-medievalismo encerrado en sí mismo y en los tópicos manoseados de la historia imperial decadente de la literatura española, a la que se oponía un aparato bibliográfico de calado internacional que remitía a una república de las letras más amplia. Es fábula o superchería que la formación —tendenciosidad— romanística de F.R. le lleve a recalcar obsesivamente las coincidencias europeas o el europeísmo de la literatura española, dando de lado a planteamientos castizos o minoritarios. En el "juego de la historia", es la internacionalidad de sus conocimientos lo que permite descartes que nos llevan fuera de nuestro pequeño espacio. En los primeros años sesenta el panorama bibliográfico con relación a la literatura medieval es más bien enteco y centrado en sí mismo. Faltarían lecturas renovadoras, como las que empezaba a arrostrar el hispanismo británico —que Rico adoptó rápidamente en sus primerísimos ensayos de editor o director de colecciones—, para que empezara a aflorar una literatura medieval española con-

juntada, un nuevo canon mucho más abierto y, sobre todo, más creíble y razonable, a la luz de los textos y de su significación. Implícita en esa labor personal está la necesidad de revisar y, más aún, crear un canon en otros terrenos, como, por ejemplo, en la dilatada entrega a la promoción de colecciones cada una de las cuales, sin duda, ha estado guiada por criterios muy exigentes, cambiantes según las circunstancias y la propia trayectoria intelectual de su director.

De la forma y del método es muestra acabadísima el mamotreto —en el mejor sentido de la palabra— intitulado El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en las letras españolas (1970). El material, de Prisciliano a José Hierro, era inmenso: para tratarlo debidamente se hubieran requerido cinco veces el número final de páginas de la monografía en su primera edición, por lo que parece que el autor deja numerosos flecos para que futuros estudiosos emprendan la tarea de ir desarrollando según les interese lo que a propósito de cada núcleo se limitaba a dejar apuntado tan epigramáticamente como podía. El libro es de estilo espartano y no deja de advertirse la fatiga del autor para ir saliendo adelante con tan cruzados usos de un tema. Aunque uno pueda pensar en la obra de Curtius o de María Rosa Lida, en Warburg o en los grandes maestros alemanes de entreguerras, el tipo de estudio no era muy común entre hispanistas y, desde luego, de lectura no fácil: pese a lo que F.R. pudiera pensar entonces sobre la dificultad de llegar a sus destinatarios o la presunción de que nadie iba a enterarse de que el tema era importante, el libro fue un clásico prácticamente desde su publicación, y no poco gracias a la elegante reseña de Asensio.

No todos esos primeros trabajos están cortados por el mismo patrón. Otras aproximaciones al texto y a su génesis daban resultados espléndidos y persistentes, como se demuestra en el amplio camino andado entre el estudio sobre el origen de la autobiografía en el *Libro de buen amor* ya citado y el trabajo reciente de 1997 en el que se dan claves para entender aspectos fundamentales de los textos extensos de la Baja Edad Media, "Entre el códice y el libro (Notas sobre los paradigmas misceláneos y la literatura del siglo XIV)". Sendas reseñas publicadas en el *Anuario de Estudios Medievales*,

cuando F.R. animaba la redacción literaria, una relativa a la obra magna de Green —cuyo principal valor es el conjunto, o el haberse escrito— y otra dedicada a cierta monografía sobre la obra de Juan Ruiz —en la que el reseñador sobredimensiona sin duda los resultados en virtud del aire entonces innovador del libro, que iba más allá del construccionismo de la crítica al uso en España—, debieron ser el arranque para adentrarse en los problemas de un libro que ocuparon a F.R. y que esperamos lo ocupe hasta culminar la edición crítica con Bienvenido Morros, entre otros. Ni el recuerdo de Menéndez Pelayo, con el que se abre el artículo, ni el lujoso despliegue en honor de María Rosa Lida —otra maestra— a lo largo de él, esconden la intención antipática en términos académicos, ni más ni menos que la de iluminar a Juan Ruiz a la luz de la tradición literaria latina y cristiana. Y esto sin valerse de las mismas armas pesadamente ideológicas, a veces superficialmente intuitivas, que utilizaban las doctrinas más casticistas de entonces, sino reconstruyendo la lectura que en el siglo XIV se podría hacer del corpus ovidiano y las consecuencias literarias que la unidad codicológica podía tener para llegar a convertirse en œuvre. En 1966, apenas empezaba a adivinarse el cuadro omnipresente de la estética de la recepción, al principio sólo como una variante de la teoría de la comunicación, ni habían cuajado los estudios en torno al lector y a sus exigencias explícitas e 'implícitas'. Sin embargo, en este primer trabajo, no independiente del más maduro y serio pensamiento estructuralista, una experiencia de lectura y los avatares de la materialidad del escrito se convierte en la clara explicación de muchas de las dificultades de compresión del Libro de buen amor.

Esa idea de encontrar el principio de las cosas para explicarlas, poniéndoles un orden, está íntimamente ligada a la categoría cronológica, sentida en la sincronía de diversas actividades literarias en varias lenguas, y de la diacronía de la evolución. "Yo me confieso —ha escrito recientemente— incapaz de entender los hechos o los textos si no los sitúo en un eje de sucesiones, si no los capto en su gestación, in statu nascendi; y sin duda por ello la atención se me ha ido tercamente hacia las épocas y las cuestiones de orígenes: orígenes de las literaturas

románicas, vistos desde las letras latinas medievales y desde el observatorio privilegiado del primer siglo de las españolas." No recuerdo cuándo F.R. empieza a referirse a su libro El primer siglo de la literatura española, una categoría historiográfica que estaba, sin embargo, ya presente no sólo en sus primeras incursiones en la literatura medieval, sino que también se va definiendo al hilo del ejercicio docente en una nueva universidad, que permitía una cierta ruptura con los adocenados programas entonces al uso, en pro de una independencia académica, que por lo pronto dejaba libre al joven opositor de inventar una denominación de especialidad —literaturas hispánicas medievales— y redactar, por ende, un programa renovador: centrado en lo castellano y latino, servían de complemento o implemento lo gallego-portugués y lo catalán.

Uno de los ensayos que prefiero es el dedicado a "Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla" (1969), que remonta a una serie de conferencias dictadas en universidades americanas. Quizá sea la mejor muestra de lo que significó —y significa— y generó el *Index* de otro maestro, el prof. Manuel C. Díaz y Díaz, de alguna de cuyas partes es una glosa crítica y literaria, con la idea de romper fronteras y, desde esa ruptura, construir un panorama insospechado: "El nuevo empeño de las letras latinas, su progreso en la Edad Media, es inseparable del nacimiento de las romances". Subyace ahí un razonable empecinamiento contra la tradición crítica: si Menéndez Pidal o Pérez de Urbel asientan que la llegada de los extranjeros en la repoblación humana y cultural de Alfonso VI significó no sólo la pérdida de la cultura propia, sino también el adormecimiento, en general, del cultivo de las letras latinas, F.R. ve en ello "un abandono de los quehaceres intelectuales de menor cuantía a favor de un trabajo literario más creador y original", preparando sin duda la integración en el esplendor europeo de la respublica litterarum. Y todo esto a vista de pájaro, o más bien en vuelo cinegético, con certeros golpes sobre piezas como Gundisalvo, Liber sancti Jacobi, la poesía litúrgica compostelana y castellana, pasando por el análisis detallado de ciertas piezas fundamentales para la delimitación de los nuevos géneros medievales, los tropos y las sequentiæ peninsulares, que raramente comparecían no ya sólo en

la bibliografía local, sino en la internacional más exigente pero cerrada acaso con razón en la tradición francesa. Procede en una suerte de concordia internacional y lingüística, sin exageraciones reivindicativas, que, por reducir al mínimo un ejemplo significativo, le lleva a traducir en verso ramplón los himnos latinos de los que habla; recrea automáticamente, así, no sólo el trasvase entre lenguas, y obliga a imaginar la percepción real de esa poesía por parte de sus oyentes y las posibilidades que brindaba a los poetas romances del nuevo dictado no popular. Quién sabe si el recuerdo de esa poesía rítmica y el tratamiento en la traducción no son más que argumentos un sí es no es disimulados para endosar, dejar apuntado, uno de los caminos para la formación de la poesía rítmica románica, siempre mirando hacia adelante, al contexto, y también dando tal o cual capirotazo a la crítica miope. El interés por la integración, verbigracia, le lleva a afirmar que uno de los himnos de san Pedro de Osma se vale del procedimiento de las ensaladas del siglo XVI, y "logra dar a la composición un aire lírico muy agradable, de buen sabor tradicional". Hace calas, sin solución de continuidad, en la hagiografía, en la predicación de santo Martino de León, la Garcineida, la Historia compostelana, la Consolatio rationis de Pedro de Compostela. Nos lleva a otra historiografía, como la Chronica Adefonsi Imperatoris y su remate el Poema de Almería, la Crónica Najerense y la prosificación de cantares sobre Sancho II. Adelanta ensayos fundamentales al tratar los *plancti* narrativos del reinado de Sancho III, Fernando II y Alfonso VIII. En las últimas páginas apunta, en fin, una línea de investigación que luego no se concretará sino parcialmente: el estudio de los géneros amorosos de la Edad Media, los cancioneros latinos con forma cíclica, la nonata, pero siempre presente, edición de los carmina rivipullensia. Se adivinaba también esa monografía 'de amor y poesía', en la que los géneros amorosos iban a quedar emparentados en su función estructural de la autobiografía amorosa, desde la Razón de amor a Juan Ruiz.

F.R., sin duda, tenía presentes los primeros pasos de la poesía y de la prosa castellanas, en ese primer siglo de la literatura española, que habría —habrá— de ser estudiado orgánicamente, después de las iluminaciones a las que nos vamos refiriendo. En la efervescen-

cia de ese primer siglo, no son pocos los proyectos que se idean por entonces y que van a ir descartándose en una actividad siempre frenética, para metamorfosearse a lo largo de la vida. Sabemos, por ejemplo y entre otros, que hacia 1970 pensaba en uno de gran aliento, en colaboración con Juan Bastardas, *Las letras latinas de la Edad Media española. Estudio y antología*. Amparado en Carlos Yarza, sí publicará una antología de la poesía goliárdica.

Quedan, naturalmente, mucho más que torsos de esas ideas. El estudio del más antiguo cantar paralelístico de la Edad Media peninsular, Cantan de Oliveros, cantan de Roldán, se iba terminando a mediados de 1971. En esos cuatro versos F.R. casa las advertencias rompedoras de los historiadores de la lírica popular —Eugenio Asensio, sin ir más lejos, por lo que se refiere al paralelismo— con atisbos de un conglomerado épico carolingio permeado —cierto que aún no nos hemos puesto de acuerdo en qué condiciones, abajado un tanto el significado histórico real de la Nota emilianense— ya durante el siglo XIII en Castilla. Atomizaba F.R. con un detalladísimo análisis histórico, filológico y literario los versillos transcritos en la Crónica de la población de Ávila, para recamar la unidad última del hecho literario. Acorde con su método, llevado a la máxima eficacia en los estudios petrarquescos, organiza y unifica menudas alusiones y correspondencias, formando un haz expositivo difícil, o mejor imposible, de romper, con un enorme radio de lecturas y referencias. En alguna medida, se volvía a lo andado en un trabajo un poco anterior en el que ponía en su punto o apuntalaba, según se mire, el neo-romanticismo —científicamente muy sólido— del profesor Peter Dronke, otro gran humanista contemporáneo e interlocutor de F.R.

A ese primer siglo se refiere también el breve artículo sobre las glosas emilianenses. Con su humor rompedor característico, en contra de la mayoría, y con un aire distanciado del vulgo celebrador —pensamiento paradójico del que mira desde más arriba—, presenta las glosas como el sencillo resultado de un ejercicio solitario de aprendiz de latín, que ni siquiera escribe en castellano, es un pre-texto solitario en un monasterio de la Rioja. Pero este trabajito

significa mucho más en su configuración del primer siglo de la cultura española: andando el tiempo, el de F.R. y el de la maduración literaria de los monasterios, ese arroyuelo del aprendiz vasco de latín desbordará en el río de la primera poesía clerical del siglo XIII, cuyos rápidos más difíciles han de ser salvados con las propuestas incluidas en los dos artículos sobre "La clerecía del mester" (1985), en los que se diseña el mapa de la sociología literaria de los primeros poetas de la cuaderna vía, "un linaje de intelectuales que ahora sienten con creciente intensidad el deseo o la conveniencia de difundir en vulgar las riquezas de la cultura latina, copiosamente incrementadas y transmitidas en los últimos decenios". Estos poemas quedan iluminados no como un género, ni una reacción, sino algo perfectamente previsible, bien situados en el concreto ámbito educativo —con referencia a los textos específicos que frecuentaban sus autores— y desde su panorama europeo: nos rescata nuevamente de las caseras y estrechas discusiones del 'hispanomedievalismo' -era inevitable escribirlo- más ibérico. Son las actitudes lo que tiende a ser realzado como el elemento que da cohesión y sentido al puñado de textos, en virtud de una 'clerecía', en un itinerario apasionante para caracterizar ex ovo la cultura de los nuevos scolares clerici que van tomando la iniciativa cultural en toda Europa, intelectuales en ascenso que salen fuera y hacen de la lengua romance el modo expresivo. Ese elemento 'social' es el que, por ejemplo, faltaba en la caracterización 'individualista' de la poesía medieval unos años antes —reseñando a Dronke— y que ahora cobra un sentido nuevo. Aquí, además, queda realzado el componente literario al poner de manifiesto lecturas comunes de esos clerici, como el Verbiginale y otros libros de texto, en los que yace "el temple intelectual" que sustenta el Libro de Alexandre y que, merced a su autor, un Pedro de Blois homónimo del más conocido, permite abrirse al mapa intelectual europeo del siglo XII, homologar también y nuevamente a España en ese 'renacimiento', y, sobre todo, hallar en su contexto las claves fundamentales. En estos trabajos se percibe también una de las líneas de método de F.R., la zigzagueante y guadianesca vida de determinados textos, de deter-

minadas preocupaciones, que cobran en el devenir histórico, en el montaje histórico de F.R., un sentido según se utilicen. No sé si, en realidad, son pocas las notas que constituyen el verdadero soporte armónico, mientras que son muchísimas las que prestan la coloración y la diferencia a esos tonos fundamentales, a esos textos devenidos temas a lo largo de la vida de nuestro maestro. En la construcción del sentido del mester de clerecía cobran ahora sentido textos que habían quedado provisionalmente orillados en "Las letras latinas", como el Poema de Benevívere, que permite asegurar ese itinerario geográfico que marca el florecimiento —el camino de Santiago, con paradas en Roncesvalles, en Palencia—, y además materializar la importancia social de estos clérigos, importancia fundamental en la modernización de la sociedad en aspectos tales como, por ejemplo, la renovación administrativa de los monasterios, de la que también dependerá una parte de la razón de escribir de Berceo, "aleccionamiento y cuestación", un Berceo que sería otro más de los clerici cuya cultura llevará años de ventaja a la ranciedad de lo que en su vida representaba San Millán de la Cogolla y que, desde luego, no tiene por qué ser aprendida sólo en el círculo palentino. El escribir en la clave de cuadernavía no es sólo un programa, sino también una escapatoria, que "se alinea con toda naturalidad entre las manifestaciones propias de la formación, el talante y las circunstancias" de estos individuos.

Cambiando de tercio, pero no de siglo, hay que situar en la misma línea y en los mismos orígenes el estudio sobre Alfonso x. La reseña a la edición de Solalinde Oelschläger publicada en 1970 es, seguramente, el principio de una meditación sobre el sentido y las claves arquitectónicas de la producción alfonsina; aparte de ser un homenaje a la profesora María Rosa Lida —menudean en las publicaciones de esta primera época—, entra de lleno en un asunto que, nada baladí, va a fundamentar los estudios posteriores en forma de libro, torsos de la magna contribución alfonsina.

En el programa de oposiciones más arriba mencionado, figura como tema 27 "La *General estoria* y la tradición de la historia universal"; iba a ser también la *lección magistral*; parece que, al prepa-

rarla, se ordenaron solos los materiales para una publicación destinada, en principio, a la serie de *cuadernos* de la editorial Taurus, por encargo de don Jesús Aguirre, que entonces dirigía la editorial y asentaba su programa renovador —en la selección de títulos y de autores— con la perspicacia que pocos podían en aquellos tiempos. Su primera denominación es bien significativa de los referentes metodológicos y personales: *El saber de Alfonso el Sabio: Idea de la "General estoria"* (1972); va con retruécano, justificado en el texto, y subtítulo de homenaje a Collingwood. Pretendía estudiar la idea de los saberes en la *General estoria* y cómo configura el conjunto de la obra y su modo de proceder, rehaciendo en parte sustancial la perspectiva de la historiografía hispana medieval, y rechazando la ligereza de definir a la *General estoria* como una biblia historial, entre otros muchos relieves de erudición que quedan aún por desarrollar.

Las afirmaciones —que yo sepa nunca escritas— de abordar también la "insoportable" poesía de Alfonso x no se han concretado en forma de texto alguno. Pero sí que tenemos tal o cual incursión en los *cancioneiros*, que F.R. aprecia, sin embargo, muy selectivamente. La atención a la *cantiga da garvaia* (1972) debió concretarse como un ensayo de comentario de texto, en poco tiempo —¿dos tardes en casa y una de biblioteca?—, y con la intención de instruir deleitando. No sé si F.R. aclara la *cantiga*, pero se resuelve bien en pinito inteligente de *emendatio ope ingenii*, que, desde luego, tiene la virtud de soportar aún la discrepancia, como se echa de ver en la opinión de la más reciente y fina editora de Taveirós.

Y es que la obra de don Francisco Rico podríamos mirarla como una sucesión de quiebros historiográficos mayores o menores, que, aparte la espectacularidad —inherente también al propio individuo—, conducen a la construcción de una nueva categoría o a la disgregación de otras. El golpe de efecto de una nueva lectura a la luz de una nueva fuente —lejísimos de la crítica hidráulica inútil—, nos cambia de nuevo la historia recibida. La presunta 'subjetividad', por ejemplo, de don Juan Manuel en su prólogo general —eran tiempos en los que vendía aún la romántica categoría de *ingenio lego*— resulta ser, tras el análisis de F.R. (1986), un testimo-

nio de alineamiento consciente en el espacio intelectual más exigente, el universitario, a la vista de cómo se beneficia del *Prologus* de Nicolás de Lira a sus *Postillæ* y de las convenciones de control y difusión del libro universitario por medio del sistema de *peciæ*: en unas pocas páginas como las del prólogo general "de *individualidad* siempre tan discantada apenas hay una idea, un elemento, que no nos asome al panorama de las escuelas". ¡Qué curioso modo, con esta atención al escrito, en esta invitación a tener en cuenta al escritor a partir de sus (los) *modos de escritura*, de ponernos en el brocal de la crítica más avanzada, sin necesidad de deconstrucción o de genética!

De esos quiebros, naturalmente, destaco algún otro que algo me marca. Una verdad innegable es que F.R. ha aunado dos extremos difíciles de poner en concordia. A nadie pasa inadvertido que su labor pedagógica, investigadora y, sobre todo, editorial de los últimos años es un modo de imponer su propio canon de los textos literarios —cuando no su propio texto—, canon, sí, aunque mucho más generoso que las reducciones del occidental. En los primeros años setenta, la afluencia estudiantil inusitada en las universidades españolas forzó la improvisación de un cuerpo de profesores no siempre idóneos; la inestabilidad política de los últimos años del franquismo llevaba aparejada en la universidad el deseo de hacer entrar en crisis a la 'autoridad' entonces y ahora verdaderamente competente; sin embargo, creo recordar que tales aires revolucionarios sólo tuvieron algún leve efecto de remoción de la auctoritas en las facultades de letras; los deseos de renovación, paradójicamente y en virtud de la mismas condiciones de buena parte del profesorado, acabaron simplificando el número y la coloración de las lecturas, así como también las discusiones, en una universidad antes menos poblada. Una situación alarmante en el dominio medieval, porque tal vez en ningún otro periodo las obras maestras han estado más insertas que en la Edad Media en una tradición y en un sistema y nunca como entonces el conjunto y los varios componentes de una manifestación literaria han cobrado pleno sentido —antes que como hechos autónomos— integrados en una serie y en una estructura.

Desde ese punto de vista, la historia de la literatura medieval del prof. Devermond, que importó F.R. en una de las primeras colecciones que dirigió, nos traía un aire fresco y una lectura sin inhibiciones o predisposiciones temáticas, cronológicas, ideológicas y aun de política nacional. La preocupación por temas marginales que, sin embargo, eran fundamentales si caían en buenas manos era una de las constantes de la nueva escuela. El ejemplo que me toca es el de los estudios sobre el sermón y sus derivaciones. Nuevamente, unos apuntes de un tema de oposiciones, en torno a san Vicente Ferrer y el sermón medieval —es inevitable el recuerdo de los profesores Martín de Riquer o de Joan Fuster, y de las monografías más internacionales de Owst-, se convierte en una revisión, en una monografía, Predicación y literatura en la España Medieval (1977), que nuevamente homologa la Edad Media española con el resto europeo, demostrando otra vez que la diferencia española era resultado de la pura desatención, cuando no la pereza. En ese breve trabajo hay un programa expandido después por dos generaciones de estudiosos, que han catalogado la predicación española medieval, la han editado y que han puesto de manifiesto, sobre todo, la importancia de aquel ensayo para iluminar nuevas estancias de la literatura. Hoy vemos ya muchas cosas distintas, como, por ejemplo, con menos frescura la 'peculiaridad' vicentina, con menos ingenuidad los usos retóricos de un Vicente Ferrer, de más lejos muchos de los textos españoles de la Edad Media, cuya responsabilidad se achaca a la omnipresencia de los hábitos estructurales, retóricos o de representación y oralidad del sermón.

No sería poco si ahí hubieran quedado las cosas. Cuando F.R. echa mano de cerezas, nunca saca una sola. Sus estudios sobre el sermón han servido para provocar algo de fiebre homilética y devolver al repertorio de la teología una imagen antes 'realista' de Ausiàs March. O para armar la hermosa monografía sobre Gautier de Châtillon (1977). El meollo material de este trabajo partió, sin duda, al darse de bruces en un sermón en romance castellano con la alegoría que algunos expertos medievalistas consideraban chocante en *Versa est in luctum*—que, cómo no, F.R. tenía en su corazón—; a

partir de ese texto y siguiendo su fuente, se construye el discurso como si de una cebolla cósmica con sus capas superpuestas se tratara. Es un procedimiento que ya hemos comprobado en otras ocasiones y desde el principio de su labor. Forma parte de un método de trabajo fundamental: una imperceptible y a veces transitoria nota a pie de página se convierte en el portillo para recolocar un capítulo entero de esa historia en su sitio ("las fuentes y las tradiciones cobran peculiar sonido en la 'cythara Walteri'"), tras reconstruir los antecedentes, aplicar una rara inventiva filológica, haber aprendido y comprendido de la poesía latina del siglo XII y no sé cuántas cosas más.

Hablando de otro crítico e historiador, don Dámaso Alonso, F.R. aseguraba que "el estudioso se enfrenta con la historia: que, le guste o no, está ahí y que él no es libre de manipular a su capricho". Es curiosa, sin embargo, la tendencia demiúrgica de F.R.: en ese ir y venir sobre asuntos poco a poco iluminados hay un momento que han quedado desplazados de esa 'otra' historia, y son nueva historia. "Cuando se trata de dar estimaciones críticas, es decir, de señalar las calidades del texto que perduran más allá de su contexto, identificando los factores internos que menos cambian con las circunstancias externas, claro está que sólo puede hablarse en nombre de la literatura viva, de las pasiones literarias del momento en que el crítico escribe." La oportunidad de algunas de estas afirmaciones, es decir la necesidad de hacerlas para justificar el dedicar una tarde o una mañana a tan maldita literatura como la de Pedro Veragüe, no debe escondernos la conciencia historiográfica estricta de F.R.: estamos convencidos que algunos textos a los que ha dedicado bastante tiempo no acaba de leerlos en el buen sentido 'eliotiano' de la lectura. La molestia, poniendo un ejemplo no de mi competencia, que seguramente causa a cualquier persona de buen gusto una comedia tan estúpida y rabiosamente mala, llena de personajes sosos, como El desdén, con el desdén, no fue óbice para que dedicara tanto tiempo a la anotación de sus frías gracias. Aunque se necesitaban las más amplias tragaderas del relativismo histórico —que por no juzgar el teatro del Siglo de Oro con criterios modernos, supone que todo ese teatro es arte, y hasta buen arte— y estético

para apechugar con ella, el joven F.R. cumplió profesionalmente, desde la coma del título, hasta el *plaudite*, con el encargo de don Antonio Rodríguez-Moñino, que lo acogió en sus colecciones y le dio asiento distinguido en sus tertulias madrileñas.

"La literatura finge tolerar géneros y textos adánicos, en apariencia accesibles al primero que quiera abordarlos, haya o no frecuentado otros afines. No así la poesía. La poesía es el espacio que deslinda la tradición y donde, sólo con entrar, las palabras cobran un alcance que no tendrían repetidas en distinto contorno, porque suenan al tiempo que otras." Seguramente, pensaba en la gran poesía. En sus primeros años, sin embargo, compatibilizó Petrarca y Garcilaso con Manrique, las letras de justadores del Cancionero general o con las coplas de Veragüe. El estudio sobre las fiestas caballerescas de Valladolid y las coplas de Manrique fue uno de los más madrugadores (1965), y se enclava en una resurrección para la crítica de la poesía del siglo XV —he ahí las reseñas a ediciones clásicas que F.R. elaboró en sus primeros años de colaboración en el Anuario de Estudios Medievales-... Pero en su caso la novedad estribaba en plantear una comprensión de los tópicos en su contexto histórico. Años más tarde, F.R. nos da las claves que dan unidad a los trabajos de estos días al afirmar que el análisis literario no le interesaba si no en tanto que indicio histórico: "Que la obra literaria varía al par que las circunstancias, las perspectivas o las tradiciones en las cuales la situamos y desde las cuales la contemplamos; que, en breve, el texto varía con los contextos". Y añadía: "Los supuestos requeridos para la interpretación no se quedan en el contexto inmediato y, por decirlo de algún modo, estático. Hay que buscarlos también en el desarrollo de las formas, en la evolución de los géneros, en el hacerse de los motivos, temas, talantes, ideas. En el correr de los tiempos, en suma".

En ese correr de los tiempos, revisa funciones y tópicos poéticos en "Un penacho de penas" (1966), arrostrando la nueva faceta de la poesía en imagen y en acción e, implícitamente, poniendo de manifiesto el tránsito de las fiestas caballerescas al teatro, no sólo con la pauta de los momos, sino también con las transferencias de

ciertos temas dominantes. A estas alturas del siglo, al lector no pasa inadvertido también el impacto que, a la hora de idear este trabajo, suponen los primeros sobre emblemática e iconología de ámbito internacional, que en la España de 1965 todavía no eran moneda corriente. (De esa moneda nada corriente, entre paréntesis, vale la pena recordar al lector los trabajos iconográficos de F.R., en especial el que el profesor Alberto Blecua gustaba de calificar como "el Panofski de Rico", supongo que con desganada anuencia del autor, Signos e indicios en la portada de Ripoll [1976]. Pero no me entretengo demasiado con ellos porque hay en la familia quien continuará esta línea con más éxito.)

Quizá el trabajo sobre las coplas de Veragüe y Turmeda (1973) pueda parecer sólo el resultado del azar, de toparse accidentalmente con una fuente a la hora de preparar unas oposiciones de literaturas hispánicas medievales. Pero es un perfecto ejemplo del máximo aprovechamiento de poquísimos recursos; de ser un autor sapiencial, heredero de la decadencia pedagógica de la poesía del siglo XIII en el XIV, F.R. convierte a Veragüe en uno de los primeros autores de la literatura popular del didactismo, pues las coplas pudieran estar destinadas a la enseñanza más elemental de la doctrina, en el mismo ámbito de los catecismos, que pueblan también la más primitiva prosa romance peninsular. En este caso, el beril de un lector aventajado de Turmeda sirve para situar un texto en su lugar, para asistir a la desviación genérica, para anunciar el amanecer de los géneros editoriales o, si se quiere, para interpretar de nuevo una trayectoria decadente de los temas del mester de clerecía, una batalla insistente, como hemos visto y esperamos seguir viendo.

(El recuerdo del Anselm Turmeda me da pie a intercalar un nuevo paréntesis a propósito de la labor catalanista de F.R., con palabras de Lola Badia, especialmente redactadas para esta ocasión: "Francisco Rico sap ser amic dels seus amics i és per això, i no pas per passió catalanòfila, que als primers anys vuitanta es va avenir a publicar alguns assaigs molt notables sobre les antigues lletres del país on té la residència habitual: efectes de la cohabitació cordial dins de la Universitat Autònoma de Barcelona d'intel·lectuals molt

espanyols amb intel·lectuals molt catalans. I vet aquí que Joaquim Molas, director de Les millors obres de la literatura catalana, la primera sèrie de clàssics catalans a l'abast de totes les butxaques, editada per Edicions 62 i la Caixa de Pensions, el 1980 va encomanar el pròleg del volum 50, dedicat a Joan Roís de Corella, a Francisco Rico. Ho va fer perquè sabia que Rico controlava la projecció ibèrica de Petrarca i dels productes de l'humanisme italià, una questió que a Catalunya la crítica no portava gaire al dia. D'ençà que tots hem entès que l'autor del *Tirant* tenia Corella com a model i pedrera de materials, el seu astre literari s'ha enfilat a dalt de tot. Avui fa estrany la sorpresa, i fins l'escàndol, que va causar la convençuda defensa que Rico feia de la prosa de Corella, sobretot de la Tragèdia de Caldesa, en unes denses pàgines on s'explica com es pot produir bona literatura prerenaixentista fent passar els clàssics pel filtre dels moralistes medievals. Llàstima que Rico apunti els gols de Corella al marcador de Castella-Espanya: 'La prosa de Corella és la resposta, plena de talent i d'art personals, a un problema sentit llargament a l'Espanya quatrecentista'. Posats a fer, més val llegir la frase en espanyol, que és com va sortir de la ploma de l'autor, i com es pot llegir a la versió de l'assaig que acompanya l'edició crítica de la Tragèdia de Caldesa preparada per Rico a l'homenatge al professor Baader. La familiaritat de Rico amb les antigues lletres catalanes li havia permès de detectar la font turmediana de la Doctrina de la discriçión, però allà on dóna millors resultats és en l'àmbit de l'herència petrarquesca. Nous deutes d'amistat van portar Rico al Sisè Col·loqui de l'Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes, que es va celebrar a Roma l'any 1982. La ponència, "Petrarca y el 'humanismo catalán' " [1983] representa la jubilació definitiva d'una noció obsoleta d'humanisme local d'expressió romànica. El recanvi obre un vast camp de recerca que va des de la recepció del clàssics als segles XIV i XV a través del mestratge dels italians, a l'estudi dels escriptors en llatí de la Corona d'Aragó d'aquests mateixos segles. Es tracta, en definitiva, d'abordar amb instruments crítics escaients el poder creatiu i innovador dels millors escriptors de la tardor medieval, com ara Bernat

Metge, Antoni Canals, l'anònim del Curial e Güelfa i el propi Joan Roís de Corella. Rico dedica algunes pàgines instructives a Canals, el frare que va gosar posar les seves mans pecadores sobre l'Africa de Petrarca. També va rebre curiosament l'homenatge de Rico Ramon Aramon, filòleg i destacat militant catalanista: la seva miscel·lània va divulgar entre els correligionaris d'Aramon cinc de les silvæ de la Primera cuarentena de Rico. Es tracta de petites provocacions que encara porten cua. L'Apologia inacabada de Metge és anterior o posterior a Lo somni? Rico es decanta per la segona opció, contra la opinió de Riquer i de la meva. Avui podem precisar més les fonts clericals que se suggereixen per a la imatge inicial del poema CI de March, però estem en deute amb Rico per haver-nos fet veure que l'anònim del Curial reporta una frase de Petrarca tot just començar l'obra i que la Carmesina falsament infidel del capítol 283 del Tirant és una derivació de la Caldesa corelliana. Les aportacions de Rico a la catalanística són puntuals i constructives perquè al pot petit hi ha la bona confitura, i també perquè els seus mètodes de treball i la seva finor crítica han exercit una influència benèfica en alguns exalumnes de l'Autònoma que avui publiquem sobre textos d'àmbit català dels segles XIV i XV".)

El admirable estudio sobre *Fontefrida* (1989) no deja de tener mucho que ver con el anterior paréntesis, sobre todo en razón de sus esfuerzos por la importancia concedida a la circulación ítalomallorquina del texto, pues que texto escrito es. Enriquece, además, el territorio del tema y de este romance en concreto, borrando fronteras o delimitándolas, abriéndonos las puertas a los sentidos. Con ello, se redimensiona la importancia del romancero artístico en el siglo xv, paralelo y distinto de la tradición folclórica. El 'subjetivismo' o el 'individualismo' inherente a esa poesía queda mejor recamado aún al estudiar otros géneros paralelos, tanto por su concepción, como por su pertenencia a determinados círculos cortesanos de producción.

El papel de tradición popular queda algo delimitado, por no decir dañado. Para demostrarlo he ahí el estudio cariñoso sobre las endechas de Guillén Peraza (1989), en el que —por un lado— hace

borrón y cuenta nueva de la presencia de las coplas en los antecesores, Menénez y Pelayo, Cejador o Menéndez Pidal, para poner el dedo en la llaga: para valorar ese texto, para comprenderlo, hay que apreciar "la valentía más elaborada de una cadena de metáforas, el atractivo surrealista de un paisaje onírico". Es por ello por lo que —por el otro lado, y con su poquito de sorna— se acumulan nombres de teóricos formalistas, sin necesidad de jurar por ellos, aunque los haga explícitos y, además, se beneficia de ellos con justeza y con una sprezzatura que debiera ser un modelo para los fundamentalismos teóricos actuales. Acaba con una invitación, a la vista del descubrimiento en los últimos años del mediterráneo de la tradición: le han llamado "intertextualidad, paratextualidad, metatextualidad"; sería conveniente prestar atención al peculiar "diálogo de la tradición y el silencio, o, a grandes rasgos, a las relaciones literarias in absentia: el metro que se rechaza, el modelo no seguido (pero tampoco parodiado ni contradicho), la historia que el relato no cuenta, la cita que se echa en falta... No pertenece a la misma categoría el ensayo que no debió ser escrito".

Todos estos trabajos, aunque separados por los años, son de la misma cosecha porque tienden a devolver a su historia, a su contexto, algunos textos un tanto descolocados por el desorden de la crítica, también a veces por la falta de finura y sensibilidad histórica. El desplazamiento hermenéutico se da también en los géneros y es un desencadenante de novedades literarias, no sólo de mestizajes. En los estudios sobre el Libro de buen amor, el citado y el dedicado al aristotelismo heterodoxo, es evidente también esta atalaya de observación. Aplicado a la épica, y a otros géneros, sirve para mostrar cómo la materia de un género se elabora según otros, lo cual había dado excelentes resultados en trabajos como el dedicado a las transparencias virgilianas de la épica latina española. Por otro lado, la presencia de motivos fragmentados o en secuencia acaban en un precipitado lentísimo que sólo se puede dar en poesía y en determinadas coordenadas espacio-temporales. En otros terrenos, F.R. partirá de las mismas ideas, al referirse a Quevedo o a Jaime Gil de Biedma.

Paciencia encomiable ha derrochado al dedicar su tiempo a otros géneros, él, que ha preferido reinventar categorías historiográficas o redefinir las bien conocidas —verbigracia, 'realismo'— para justificar su dedicación a obras más o menos geniales, como Lazarillo. A pesar de no ser muy amigo de lecturas caballerescas, ha tenido que entregarse en cuerpo —se le va notando— y alma al Quijote para dar de sí todo lo que no valía la pena dar en el otro terreno. Se envanece de no haber terminado ninguno de esos libros que no sabemos si matan hombres, a pesar de que nos ha dado claves fundamentales para entender algunos de ellos, eso sí siempre asediándolos en el contexto, en su lectura, cambiándoles el paso historiográficamente más o menos decidido. Quien ha querido datar la invención de la novela en el Lazarillo, difícil es que diera su brazo a torcer. Amadís es observado paradójicamente, desde la mirada de tan sagaces críticos como el ventero Palomeque y la criada Maritornes —qué razón de bromazo—. Quizá por eso se asedie desde otros puntos de vista, con otros métodos, ¿con otras escuelas?, el Libro del caballero Cifar en el artículo comentado más arriba. Aboga por la "experiencia real de la escritura y de la lectura", por señalar los contextos del libro. Se nos abre una puerta para volver a escribir una nueva historia literaria basada en la recomposición de la descomposición de los textos: "Los códices misceláneos, formados por premeditada agregación de títulos más o menos afines pero independientes, están en el origen de buen número de libros de sentido en definitiva unitario que coinciden en no seguir los procedimientos compositivos corrientes en la Antigüedad, en la Edad Media o en ambas, pero cuya variedad a otros respectos tampoco condice con la tradición clásica ni con las maneras de taracea usuales después". No es extraño esta incursión interpretativa, que algunos verán desde la perspectiva genética, en quien viene enturbiando las aguas remansadas de la crítica textual desde la perspectiva de la bibliografía material, a propósito de ediciones como la del Quijote. Es de esperar que F.R. vuelva de nuevo a los estudios medievales desde esta madurez y que la edición crítica del Libro de buen amor más arriba mencionada sea un nuevo tour de force en la historia de la literatura europea del siglo XXI.

Concluyo afirmando que no es fácil escribir sobre la labor historiográfica de F.R., porque, entre otras cosas, no ha terminado. He dicho que la mayoría de sus trabajos publicados contienen variados descartes, minúsculas referencias susceptibles de devenir mayúsculas tesis o, cuando menos, aparentes monografías. Imaginaba más arriba a F.R. alumbrándonos las estancias de la Historia. Pero, sin embargo, ahora ya no queda la noche tan oscura como hace cuarenta años, y eso lo debemos, entre unos pocos, a don Francisco Rico.